

PARA OTRA NUEVA LECTURA DE UN PASAJE DEL QUIJOTE

Efectivamente, las posibles varias interpretaciones del *Quijote*, como de todas las grandes obras artísticas, se manifiestan en casi todos sus instantes. No son, por ejemplo, unánimes las opiniones sobre la locura de don Quijote, como tampoco lo son las razones para justificar la sorprendente fidelidad de Sancho; no se llegan a interpretar de igual modo unas posturas, unas actitudes o unas reacciones de los personajes. Y todo ello precisamente por la grandiosidad del libro. Por eso su carácter de obra abierta, de obra que ha recibido a través del tiempo muy distintas, y a veces muy encontradas, interpretaciones.

Con la prudencia que forzosamente provoca hablar sobre nuestra más importante novela, pero con la firmeza que da la posibilidad de enriquecer por enésima vez el significado de sus pasajes, me adentro en uno de sus capítulos para proponer una interpretación distinta y una lectura más completa, creo, de lo que hasta ahora se ha venido haciendo.

A muy poco de empezar el libro, nuestro hidalgo, enfebrecido por la lectura de los libros de caballería, e intentando emular a Amadís de Grecia, a Bernardo del Carpio, o a Reinaldos de Montalbán, prepara sus armas, echa mano de Rocinante, se bautiza caballero, pronuncia el consabido discurso encomendándose a su «dulce señora»¹ y «sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó de todas sus armas, subió

¹ Todas las citas de: MIGUEL DE CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*, edición crítica y comentarios de Vicente Gaos. Madrid, Gredos, 1987.

sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo...». Así comienza la primera salida de don Quijote en busca de su destino de caballero andante.

Tras haber caminado todo el día llegó al anochecido a una venta, en cuya puerta había «dos mujeres mozas, destas que llaman del partido»² es decir, prostitutas, que iban con unos arrieros camino de Sevilla y que se habían parado a pernoctar precisamente allí. Y la confusión no se hace esperar: para don Quijote la venta es un castillo, y las rameras dos bellas damas.

Las trazas de don Quijote, junto con algún que otro detalle, produce lógicas risotadas en las mujeres, y a los ruidos del jolgorio acude el ventero dando la bienvenida al sorprendente viajero, que, una vez descabalgado, es atendido infructuosamente para poder quitarse la armadura en su totalidad. Y a partir de aquí suceden una serie de hechos, que, por ser importantes, conviene enumerarlos con precisión y detenimiento:

- las mozas «le preguntaron si quería comer alguna cosa».
- don Quijote acepta y expresa su deseo de comer lo que fuera: «cualquiera yantaría yo», responde el caballero.
- el autor advierte que era viernes aquel día y sólo había «unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela».
- don Quijote elige truchuela, entendiendo que éstas son truchas pequeñas, y que quizá por eso serán mejores.
- don Quijote comienza a comer y a beber con enormes dificultades por no romper las cintas de la celada, y porque al sujetarse alzada la visera tenían que darle el vino y los alimentos entre el ventero y las rameras.

Lo insólito y ridículo de la escena, pues, continúa.

Lo primero que quizá queda de manifiesto en esta aventura y escena inicial es el desvarío de don Quijote, que, como se ha visto ya, confunde todo: la venta con un castillo; a las mujerzuelas con unas damas; y al sonido del cuerno del porquero, que por allí pasaba, con un triunfal toque de bienvenida al imaginado castillo.

Pero tengo la sensación de que un algo oscuro, impreciso, nos queda cuando leemos este capítulo. Parece como si hubiera algo

² «Las que son de mal vivir, vendiendo su cuerpo, que llaman comúnmente rameras» (Aut.). El ejemplo que pone es precisamente éste que se comenta aquí. Una información amplísima y enormemente útil para este término, como para tantos otros, se da en JOSÉ LUIS ALONSO HERNÁNDEZ, *Léxico del marginalismo del Siglo de Oro*. Salamanca, 1977.

más. Parece como si escondiera algún mensaje más, que está sutilmente expresado, o que vive en la subterrneidad de lo leído y lo percibido. Se produce esa insatisfacción a veces frecuente en el lector cuando contactamos con un texto de una riqueza extraordinaria. El texto en sí exige que sea comprendido en toda su integridad. Y algo de esto nos ocurre con este pasaje. Veamos.

Que dos rameras, que están descansando a la anochecida de un caluroso día del mes de julio, vean llegar a un fantoche de la apariencia y la hechura de don Quijote, es absolutamente lógico que vaya a producirles mofa y burla. Comprendemos, por tanto, lo que nos dice el texto (las risotadas) e imaginamos el escándalo que allí hubo en los primeros momentos de la aparecida. Ya desde el primer instante, pues, queda determinada la grotesca figura del buen caballero. Nada nos extraña, por tanto, que, dentro de ese juego, acudan al viajero para ayudarlo a desembarazarse de tan sorprendente vestimenta, es decir, de su armadura.

Pero lo que ya resulta un poco más extraño es que sean precisamente ellas, y no el ventero, quienes le pregunten al viajero si desea comer alguna cosa. Hay aquí un inmediato, y no muy justificado por el momento, un inmediato protagonismo de las rameras, que adquieren de súbito un papel muy principal en la acción narrada. E insisto en que no parece muy justificado. Van de camino, acompañan a unos arrieros, han llegado accidentalmente a la venta, ¿por qué situarlas en el centro de la acción, incluso posponiendo al propio ventero, que a todas luces es un personaje de más peso natural en el capítulo?

Pero sigamos. Cuando don Quijote admite que tiene hambre, inmediatamente se nos dice que hay bacalao, y se nos da bajo cuatro acepciones: abadejo, como se dice en Castilla; bacallao, como se denomina en Andalucía; y curadillo y truchuela, como se le conoce «en otras partes». Cuatro acepciones hoy existentes en el diccionario de la R.A.E. que designan efectivamente a un pez de sobra conocido en España y que constituía una importante base alimenticia en la España del Siglo de Oro.

Covarrubias³ identifica *abadejo* con *bacallao* (que por cierto no es recogido como voz independiente), mientras que sobre *curadillo* generaliza diciendo que es «cierto género de pescado curado». *Truchuela* no lo recoge.

Y por último el *Diccionario de Autoridades*⁴ respalda los significados del pasaje, y así da las siguientes definiciones:

³ SEBASTIÁN DE COVARRUBIAS, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*. Barcelona, Alta Fulla, 1987.

⁴ *Diccionario de Autoridades*. Madrid, Gredos, 1976.

Abadejo.—«Pescado que se coge en grande abundancia en la isla de Terranova, y en otras partes. Regularmente suele tener media vara de largo, su figura es plana, y el color es verdoso. Este pescado, ya seco, se distribuye y comunica por toda Europa, aunque con varios nombres, pues en unas partes le llaman Bacallao, y en otras Truchuelas». Pone también como ejemplo este pasaje que comentamos.

Bacallao.—«Género de pescado seco y curado al aire, o al sol, que fresco es lo mismo que Abadejo, y salao y curado se llama también assí. Llamóse Bacallao por el Pais en cuya mar se pesca, que tiene este nombre».

Curadillo.—«Especie de pescado, y lo mismo que Abadejo».

Truchuela.—«El Abadexo más delgado».

Una vez sabidas las significaciones exactas de la oferta gastronómica que le hacen a don Quijote, hay que hacer la observación de que en las más recientes y más dignas de crédito ediciones actuales del libro no hay referencias concretas en forma de anotaciones. Así, ni Diego Clemencín⁵, ni Martín de Riquer⁶, ni Alberto Sánchez⁷, ni Juan Alcina⁸, ni Allen⁹ comentan algo al respecto.

Angel Basanta¹⁰, Luis Andrés Murillo¹¹ y Juan Ignacio Ferreras¹² prácticamente coinciden en su anotación. Los tres advierten que don Quijote cree que *truchuelas* era un simple diminutivo de *trucha*, sin darse cuenta de que en realidad es un bacalao seco y curado como explicitan en sus correspondientes notas. Angel Basanta además anota que este pasaje puede servir de ejemplo al «perspectivismo lingüístico» del libro. Más explícito es Luis Andrés Murillo cuando hace notar que *truchuela* efectivamente significa bacalao curado, y que «don Quijote no parece conocer la palabra con esta significación y cree que es trucha pequeña»¹³.

⁵ MIGUEL DE CERVANTES, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, en la oficina de D. E. Aguado, impresor de cámara de S.M. y de su Real Casa, 1833, comentado por don Diego Clemencín.

⁶ MIGUEL DE CERVANTES, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, edición, introducción y notas de Martín de Riquer. Barcelona, Planeta, 1962.

⁷ MIGUEL DE CERVANTES, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, prólogo y notas de Alberto Sánchez. Barcelona, Noguer, 1976.

⁸ MIGUEL DE CERVANTES, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, edición de Juan Alcina. Barcelona, Bruguera, 1971.

⁹ MIGUEL DE CERVANTES, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, edición de J. A. Allen. Madrid, Cátedra, 1990.

¹⁰ MIGUEL DE CERVANTES, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, edición de Angel Basanta. Barcelona, P&J, 1985.

¹¹ MIGUEL DE CERVANTES, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Madrid, Castalia, 1989.

¹² MIGUEL DE CERVANTES, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, estudio y notas de Juan Ignacio Ferreras. Madrid, Akal, 1991.

¹³ *Oc. cit.*, p. 86, n.

Rodríguez Marín ¹⁴ anota algo distinto, pero su propuesta no parece haber tenido mucho éxito, porque casi nadie la sigue en ediciones modernas, y quizá con algo de razón ¹⁵.

Y así llegamos a la magnífica, y en tantas cosas definitiva, edición de Vicente Gaos ¹⁶ antes mencionada. Vicente Gaos se enfrenta a la cuestión que nos preocupa con un par de notas que se basan en la opinión de Rodríguez Marín y la corrección hecha por Américo Castro en la revista *Reseña*, y en las que Gaos advierte que «don Quijote probablemente no ignoraba que truchuela no se dijo de trucha, sino de trecha», y que quizá «jugaba ingeniosamente con las palabras, cual lo haría un escritor barroco, a la vez que se defendía con burlas de las de sus burladores» ¹⁷. Para apoyarse Gaos recuerda un pasaje semejante en *La dama del olivar*, de Tirso de Molina. Pero este pasaje tampoco tiene el sentido que Gaos cree: «que no es bien que coma truchuela / quien truchas puede comer», y que viene a darme la razón en la interpretación que propongo, pues en ambos casos tiene la misma lectura. Pero eso ya lo veremos más adelante.

Gaos, pues, percibe no sólo el tono humorístico del pasaje, sino el equívoco, el juego lingüístico de la conversación entre don Quijote y las mozas. Por eso advierte que «Cervantes hace aquí un uso lingüístico de la vacilación onomástica, aplicándola a un humilde abadejo. Lo que viene a decir —concluye Gaos— es que no hay modo de saber qué clase de pescado es el que el ventero (sic) va a ofrecer a don Quijote» ¹⁸.

Y léanse atentamente sus palabras: «lo que el ventero va a ofrecer a don Quijote». Sí: el ventero; con lo que sutilísimamente aborda la cuestión a la que antes hacía referencia: y es que no sabemos a ciencia cierta por qué son precisamente las «dos mujeres mozas» las que ofrecen la comida al viajero, y no el ventero, que, al fin y al cabo, era el dueño del negocio y al que correspondía en primer término atender a los estómagos vacíos de los recién llegados.

Mas creo que estamos en el momento de hacer una recapitulación.

Como se ve, los editores del *Quijote* han aceptado la significa-

¹⁴ MIGUEL DE CERVANTES, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, edición, prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. Madrid, Espasa-Calpe, 1975.

¹⁵ RODRÍGUEZ MARÍN anota sobre *truchuela*: «don Quijote, por lo visto, no sabía que *truchuela* no se dijo de *trucha*, sino de *trechar*, que es 'abrir y salar las sardinas, curándolas después al aire', según el *Vocabulario Bable* de Rato, de donde *trechuela*, que luego se ladeó a *truchuela*».

¹⁶ *Op. cit.*

¹⁷ *Op. cit.*, p. 80, n. 161a.

¹⁸ *Op. cit.*, p. 80, n. 157.

ción directa de las *truchuelas* que ofertan la Molinera y la Tolosa como pescado seco y curado, y han aceptado igualmente la confusión de don Quijote, que ignora tal significado y que cree que truchuela es simplemente un diminutivo de trucha, por lo que incluso sería mejor que la trucha; por eso su inmediata comparación con la ternera y la vaca o con el cabrito y el cabrón ¹⁹.

El caso es que tras haber elegido el menú, a nuestro hombre le ponen la mesa en la puerta de la venta; le sirven el bacalao con pan y vino, que tiene que succionar con una caña por tener puesta la celada, y tan ricamente está cenando, cuando llega un castrador de cerdos haciendo sonar su típico y propagandístico silbato de cañas, y este sonido vuelve a confirmar a don Quijote en los errores que ya había caído y en alguno más. A saber:

- que la venta era un castillo (lo que ya conocíamos)
- que el abadejo eran truchas (confusión nueva e importante para el lector)
- que el pan era candeal
- y que las rameras eran damas (ya también sabido)

Pero el descanso, la venta, la comida no le tenían plenamente satisfecho, porque «lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero...». Y así acaba el capítulo. Pero esta es una cuestión que ya no nos interesa.

En lo que quiero seguir centrándome es en la oferta de comida que las mujeres hacen a don Quijote. Y es que de ahí puede nacer una nueva lectura de este pasaje. Pero para eso tenemos que volver a alguno de los momentos a mi juicio claves del mismo.

En primer lugar, no hay que pasar de largo que cuando don Quijote llega a la venta cansado y hambriento, lo primero que en ella ve, y desde luego no «por casualidad» ²⁰ son dos mujeres prostitutas que «iban a Sevilla con unos harrieros que en la venta aquella noche acertaron a hacer jornada». Aun sin tener demasiadas noticias de la cuestión, ni falta que nos hace, debía tratarse de dos de esas muchas prostitutas que solían pulular por los caminos, ventas y posadas de España, y que muy posiblemente iban a Sevilla a buscar prosperidad con un negocio como el suyo que bien podía tener en aquella ciudad un marcado éxito, ya que en ese tiempo

¹⁹ Gaos advierte también el doble sentido ya injuriante que tenía la palabra *cabrón*, y que Don Quijote, explica el crítico, «hasta cierto punto, comprende que le están burlando, y replica con esta palabra insultante a sus burladores» (*op. cit.*, p. 80, n. 165). Gaos ve, pues, un pasaje lleno de dobles sentidos e indirectas.

²⁰ Según Cov. «lo que sucede sin pensar, ni estar prevenido, dezimos aver sido acaso...» y AUT. aclara que «vale lo mismo que sin pensar, casualmente...»

era meca de lo marginal, como muy bien se atestigua por la historia y por muchas obras literarias incluso del propio Cervantes, que, poco más adelante, en el cap. 14, ve a Sevilla como «lugar tan acomodado a hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno». Y estas dos mozas están «a la puerta», casi como dos centinelas, símbolo quizá de todos los posteriores acontecimientos.

Y hagamos notar que Cervantes quiere dejar muy claro al lector que se trata de prostitutas sin ningún tipo de ambigüedad. Por eso insiste en la idea varias veces a partir de este momento. Primero dice que son «mozas», que, como Vicente Gaos bien recoge en la nota correspondiente, «puede significar: mujer que mantiene trato ilícito con alguno». Después el autor matiza: «destas que llaman del partido»; es decir, «prostitutas itinerantes», como también recoge Gaos; aunque es interesante la diferencia de matiz que plantea frente a José Luis Alonso en esto de la itinerancia o no de las «mozas del partido». En tercer lugar, y poco más adelante, Cervantes insiste en que son «destraídas mozas»²¹. Aún después, cuando don Quijote las llama «doncellas», ellas se ríen, porque, como advierte el narrador, era «cosa tan fuera de su profesión». Y por último, cuando comienzan las mujeres a ayudar a don Quijote para quitarse la armadura, se las califica de «traídas y llevadas»²².

Queda así de manifiesto el interés que tiene Cervantes en demostrar que las tales mozas no eran sino unas verdaderas desvergonzadas dedicadas a la prostitución. De ahí su insistencia para que tengamos las cosas bien claras los lectores.

Y es importante que sepamos esta cuestión por lo que antes ya comentábamos: porque son ellas, dos putas, las sorprendentes protagonistas de una parte del capítulo, al ser ellas también las que ofrecen el menú a don Quijote, cuando hubiera sido más lógico —ya lo decíamos— que fuera el ventero el encargado de ofertar las viandas.

Hace unos instantes hemos repasado el significado de las variedades de peces que ofertan a don Quijote. Pero hemos atendido solamente al significado que podíamos denominar académico. Sin embargo, dada la personalidad de quienes hacen la oferta —y aquí

²¹ «Entregado a una vida licenciosa y desordenada, especialmente en la sensualidad» (AUT.).

²² Ante «traídos y llevados», Gaos se limita a decir en su nota correspondiente «de sentido obvio». Habría que añadir que AUT. recoge el sentido de «roto», luego mujer «trahida» puede ser «mujer rota o desflorada». Pero es más explícito JOSÉ ALONSO HERNÁNDEZ, que en su *Léxico* citado expone con rotundidad que «mujer trahida» es «mujer que no tiene virgo, prostituta», tomado en el sentido de «usada, desgastada».

está la clave de por qué Cervantes insiste en decir que son prostitutas—, dada esa personalidad, quizá convendría que buscáramos otros matices, porque alguien que hilaba tan fino como el autor del *Quijote* no es posible que pudiera escapársele el detalle de que las viandas propuestas para la cena ofrecían en aquel tiempo una evidente ambigüedad, ya que eran utilizadas en su época con un significado muy otro, que por cierto, y tampoco por casualidad, cuadraba muy bien puestas en boca de la Tolosa y la Molinera, sorprendentes oferentes de la cena.

Y así, por ejemplo, buscando otros subterráneos significados, encontramos que *abadejo* tenía un sentido muy distinto. Valiéndonos del imprescindible *Léxico del marginalismo del Siglo de Oro*²³, comprobamos que *abadejo* «se aplica a la prostituta de poca categoría, de poca ganancia, fea», y así se demuestra con evidencia a través de los ejemplos sacados del *Romancero General* o de Quevedo. Primer doble sentido, pues, y sumamente interesante, de la oferta alimenticia de las mozas.

Pero aún hay más. *Trucha*, en el lenguaje marginal de la época significaba prostituta. Covarrubias no lo recoge, ni Autoridades tampoco. Pero este significado está suficientemente registrado, como otra vez bien recoge José Luis Alonso Hernández, que matiza diciendo que se trata de una «prostituta de calidad y probablemente muy joven; por oposición a abadejo»²⁴ y pone ejemplos sacados de Avellaneda y de Quiñones de Benavente, que no son, desde luego, ni únicos, ni extraordinarios. En Quevedo, en Lope, en Mira de Amescua, por no rebuscar en otros más, hay ejemplos que refuerzan este significado. Y en Tirso, *La dama del olivar*, también, en el ejemplo que antes mencionaba («...Que no es bien coma truchuela / quien truchas puede comer») que recoge Vicente Gaos²⁵ y al que se le puede —y se le debe, por el contexto— atribuir el mismo sentido equívoco que al texto cervantino, porque ni a don Quijote ni a cualquier lector medio del XVII se le puede escapar el significado de trucha por muy en diminutivo que se encuentre.

El segundo término, pues, de la oferta de las mozas contiene también un doble sentido que gira en torno a la oferta de prostitutas, bien jóvenes y de calidad (truchas) o bien feas y de poca categoría (abadejos) y del que vuelve a darnos inequívoca noticia Alonso Hernández tantas veces y tan necesariamente recurrido.

Y sigamos avanzando. El tercer pescado que ofertan es el denominado *bacallao* o *bacalao*. De él desgraciadamente no encuentro rastro de connotación erótica en diccionarios o repertorios léxicos

²³ *Op. cit.*, p. 1.

²⁴ *Op. cit.*, p. 759.

²⁵ *Op. cit.*, p. 80, n. 161a.

referidos al XVI y XVII. Sin embargo una persona actual no puede ignorar las conocidas referencias al sexo femenino que posee este término. Así lo recoge Camilo José Cela en su *Diccionario secreto* ²⁶, quien escuetamente a la voz bacalao da una segunda y rotunda acepción de *coño*, y más recientemente Antonio Tello también le atribuye el significado de *vulva* ²⁷. Pero sin recurrir a diccionarios, *bacalao* o *bacalá*, siempre referido al sexo femenino, puede escucharse hoy en cualquier conversación grosera al menos de Castilla y Andalucía, porque es una voz incuestionable en el habla de baja estofa en nuestros días.

El problema es desde cuándo este significado de *bacalao* o *bacalá*. Porque ya he dicho que no he encontrado acepciones equivalentes en los Siglos de Oro. Hay en Lope un texto interesante que puede provocar sospechas. En *Amar sin saber a quién* ²⁸ encontramos los siguientes versos:

Bendiga Dios a Madrid;
todo se halla y se gasta:
tanto trucha y bacallaos
como perdices y ranas.

Efectivamente estos versos pueden ofrecer un nivel superficial de lectura relacionable exclusivamente con su significado gastronómico. El que sea precisamente el gracioso quien lo pronuncie, resulta lógico, ya que uno de los rasgos más típicos de su personalidad es su insaciable glotonería. Pero sin embargo estos versos también podrían esconder una ironía sutil sobre la abundancia de prostitutas en Madrid, advertencia tan frecuente en la época, tanto en obras teatrales como en otras de índole moral. Incluso el primer verso podría estar hecho a modo de exclamación, como sorpresa por la profusión de mujeres dedicadas a tal oficio, lo que vendría a reforzar el término *bacalao*, que daría una nota de tono erótico, por eso sospechosamente unido a *trucha*.

Nada puedo aportar del otro nombre que utilizan las mozas, *curadillo*, y su posible relación con el erotismo o con la prostitución. Pero la interpretación de los términos anteriores es suficiente como para poner en duda la lectura superficial del pasaje sólo basada en la variedad gastronómica de la oferta. De las cuatro denominaciones del pescado seco y curado, dos tienen una evidente re-

²⁶ CAMILO JOSÉ CELA, *Diccionario Secreto*, 3 vols., Alianza/Alfaguara, 4.^a edición. Madrid, 1989, vol. II, p. 201.

²⁷ ANTONIO TELLO, *Gran diccionario erótico de voces de España e Hispanoamérica*. Madrid, Ediciones T.H., 1992, p. 71.

²⁸ En *Obras de Lope de Vega*, publicadas por la Real Academia Española, t. XI. Madrid, 1929.

lación con el mundo sexual de la prostitución, y de una tercera, *bacalao*, tengo mis dudas de si en XVII tendría el significado que, desde luego, hoy tiene.

Y ante estas nuevas interpretaciones, ahora sí; ahora sí se nos resuelven dudas e incógnitas que se advertían, que se entreveían en una primera lectura más rígida, y menos rica también, del capítulo. Ahora comprendemos por qué son precisamente estas mozas «del partido» las que ofrecen la comida a don Quijote, y no el ventero, que parecía lo más lógico. Ahora desvelamos por qué esta insistencia de Cervantes en advertir que eran prostitutas. Ahora sabemos la intencionalidad de las risas y las burlas de la Tolosa y la Molinera, que groseramente, obscenamente gozan en escandalizar al pobre viajero.

Y es que, sin dudarlo, ellas no le estaban ofreciendo precisamente comida, sino otras cosas: *truchas* y/o *abadejos* (eso ya no lo podemos saber, porque poco conocemos de ellas) con los nuevos significados que ya tenemos.

Pero tengamos cuidado, porque también aquí (como tantas veces en Cervantes) hay todo un juego de humor y severidad. Parece difícil que estas mozas seriamente, comercialmente ofrecieran sus servicios a un fante semejante, que aparece vestido de tal guisa, que las confunde con señoras y que las cuenta extrañas aventuras con exóticas palabras. Parece difícil que estas mujeres vieran una somera posibilidad de negocio con don Quijote. La oferta, pues, no es seria, pero sí intencionada y consciente.

Se trata de la broma que ellas tienen más a mano quizá con la única pretensión de escandalizar gratuitamente a aquel pobre hombre. Y para eso tienen que utilizar su habla, sus giros de gente del hampa llenos de descarnada intencionalidad, su lenguaje marginal de mujeres marginadas. El lenguaje que compartían con *truhanes*, *arrieros*, *vagos* y toda la *calaña* semejante. El lenguaje de toda una realidad española, de todo un mundo que estaba ahí y que era absolutamente ajeno a la cultura y a la mentalidad de don Quijote, quizá porque él ya desde el inicio «procede con lógica de caballero» por sus continuas «discordancias... con el mundo que le rodea», como advierte atinadamente Agustín Basave²⁹ y también el tantas veces citado Vicente Gaos en otro capítulo: «don Quijote, sumido en el mundo de la literatura caballeresca, no entiende la jerga de los delincuentes. Cervantes, que tan de cerca los conoció, reproduce admirablemente su habla...» (I, 22, n. 18).

Así, nada más empezar, con un breve trazo, aprovechando una instantánea aparentemente intrascendente y llena de humor, con una

²⁹ AGUSTÍN BASAVE, *Filosofía del Quijote*. México, 1968 (2.^a ed.), pp. 32 y 37.

impresionante maestría, Cervantes nos muestra el divorcio entre don Quijote y el mundo que le rodea; un divorcio que ya va a ser definitivo y determinante a lo largo de toda la obra. Y ese divorcio nace desde la más profunda raíz, desde el más elemental sentido de la comunicación: en el lenguaje. «Entre los muchos problemas que plantea el Quijote está el del lenguaje como instrumento de la comunicación humana» observa atinadísimamente Vicente Gaos en una nota de su edición ³⁰.

Si don Quijote no comparte el habla de los demás, difícilmente va a compartir la moral, o la norma, o los grandes valores vitales, o el destino que cada uno tiene que cumplir por encima de cualquier impedimento. Por eso es certera y aplicable aquí la opinión de Riley cuando dice que «la caracterización llevada a cabo en el *Quijote* a través del habla sobrepasa cualquier otro logro anterior en la obra de ficción extensa» ³¹.

En un pasaje inicial y aparentemente nimio, Cervantes nos da el primer gran rasgo de su héroe: encerrado en su casa, enfebrecido por los libros, don Alonso Quijano se ha olvidado del mundo, se ha creado una mítica y fabulosa personalidad que poco a poco le fue separando de los demás hasta incluso no llegar a comprender profundamente su lenguaje. A partir de ahí ya no nos extraña nada de su locura ni de su conducta atípica y extravagante.

A don Quijote le hierve la cabeza de tanto hacer verdad de la ficción, siente unas irreprimibles ansias de partir a no se sabe dónde, sale al campo, hace calor, encuentra a unas mozas en una venta y allí surge un nuevo lenguaje que él desconoce y no interpreta correctamente. Ahí, de esa distorsión, de ese divorcio comunicativo, de esa primera conversación nace la personalidad de nuestro héroe y nace la novela. Y estaba naciendo también la novela como género, la primera novela moderna, que, como ha dicho tan hermosamente don Fernando Lázaro Carreter, ha servido para que, gracias a ella, el hombre ganara batallas a la soledad.

ANTONIO SERRANO
C.E.I - Almería

³⁰ *Op. cit.*, p. 77, n. 103.

³¹ E. C. RILEY, *Introducción al Quijote*. Barcelona, Crítica, 1986, p. 240.